

Por qué reímos cuando reímos: Procesos cognitivos implicados en el humor lingüístico

María Constanza Carando

constanzacarando@gmail.com

Licenciatura en Letras Modernas

Dirección: Dra. Cecilia Defagó

Resumen

El presente artículo tiene su fundamento en el interés por aportar datos a los modelos de procesamiento lingüístico respecto de la comprensión del lenguaje o corroborar hipótesis ya existentes. Partimos del supuesto de que la emisión lingüística es, por definición, incapaz de explicitar todo su significado de manera irrevocable, no sólo a nivel de contenido sino también formal —por la imposibilidad de sus significantes sonoros y gráficos de representar ciertos aspectos. Ante esta premisa, nos preguntamos qué procesos garantizan la comprensión efectiva en un enunciado que de manera inherente presenta vacíos semánticos.

Analizamos producciones del género humorístico —Les Luthiers, Los Modernos y producciones anónimas locales— caracterizadas por contener frases o unidades léxicas que en algún nivel de representación presentan una ambigüedad cuyo encubrimiento, o puesta en evidencia según el caso, contiene la clave de la finalidad humorística. El fenómeno responsable de tal ambigüedad es la *homofonía*, tanto a nivel de la palabra como de la frase —cuando una cadena fónica puede dar lugar a dos construcciones léxicas distintas. En estos contextos, tanto la oralidad como la escritura se ven implicadas de distintas y muy significativas maneras.

En razón de la complejidad que presenta la serie elegida, planteamos la hipótesis de que el análisis del humor lingüístico ofrece indicios acerca de los procesos y niveles de representación implicados en la comprensión oral y escrita al romper, por la ambigüedad que supone, con las pautas de interpretación literal.

La investigación se inscribe en el paradigma cognitivo y se enfoca en los modelos de procesamiento lingüístico *bottom up* y *top down* según Belinchón, Igoa y Rivière, así como en el modelo de Procesos y rutas en la comprensión y producción escrita y oral de Cuetos y De Vega. Se trata de una investigación descriptiva, cualitativa y de tipo exploratoria.

Palabras clave: Comprensión – Escritura – Homofonía – Lenguaje – Oralidad - Humos

Introducción

La capacidad humana del lenguaje consiste en una serie de elementos, específicos y no específicos, que hacen posible su desarrollo, almacenamiento y actualización; y cuenta con una arquitectura de procesamiento lingüístico que, en condiciones de funcionamiento cognitivo normal, prevé la producción y comprensión de los infinitos enunciados posibles de una lengua. Sin embargo, a pesar de ser hablantes de la misma lengua y contar con los mismos recursos para procesarla, no siempre nos resulta fácil o posible acceder a la comprensión esperada. En parte, esto tiene que ver

con la construcción individual del almacén léxico — algo así como el inventario de palabras de una lengua que hemos incorporado con la experiencia —, las cuestiones relativas a la variedad lingüística —definida según variables temporales, geográficas, socioculturales, generacionales, estilísticas, etc.— y las inferencias posibles dentro del marco cultural dado.

Pero además existe una razón de base directamente relacionada a la forma de la lengua: *la imposibilidad de una emisión lingüística de explicitar todo su significado de manera irrevocable*. Esta característica responde, por un lado, a la necesidad de una economía en los tiempos de emisión no siempre reflejada en una economía de procesamiento —más bien, todo lo contrario. Imaginemos si un enunciado revelara todo su contenido: la acepción que vale para cada unidad léxica, las elisiones sintácticas, las remisiones a otros enunciados u otras partes del mismo enunciado, el significado que ciertos términos tienen para el emisor, el valor estético, ideológico, cultural, etc. Nunca terminaríamos de hablar o escribir.

Por otro lado, y a esto queríamos llegar, esta dificultad tiene que ver con los significantes mismos: la naturaleza oral o escrita de la emisión. Si bien ambos sistemas son capaces de transmitir sentido de manera bastante eficiente, ni la oralidad ni la escritura saturan el significado de la enunciación, que no se autoabastece ni habla por sí sola. Cada uno de estos sistemas presenta grietas, puntos ciegos, vacíos semánticos que hemos de

llenar permanentemente para obtener una comprensión acabada.

Esta característica está directamente relacionada con el hecho de que la lengua es una entidad mental cuyas manifestaciones posibles no la exceden: el problema no estaría en la lengua en sí misma sino en su materialización o bajada¹. Advertida esta cuestión, urge reflexionar acerca de la relación entre lo oral y lo escrito, teniendo en cuenta que las diferencias, los vacíos y las superposiciones nos brindarán indicios acerca de la extensión de la lengua como fenómeno mental.

La clave para analizar ambas manifestaciones de la lengua es que cada una está determinada inexorablemente por su naturaleza de emisión y el sentido con el cual el receptor ha de arreglárselas: el oído o la vista. Es desde ese condicionamiento que se despliegan las particularidades de uno y otro y surgen las imposibilidades de representar ciertos aspectos. En concreto y a grandes rasgos, la oralidad no explicita la separación en palabras ni la ortografía que la escritura pone en evidencia; de manera inversa, la escritura carece de prosodia y paralenguajes, útiles indicadores léxico semánticos externos en la comprensión oral.

A partir de esta imposibilidad surge el interrogante central del artículo: *en este vacío semántico inherente al lenguaje, ¿qué procesos garantizan la comprensión efectiva, si la hay?* El acercamiento a tal inquietud no puede ser sino a través del estudio minucioso de la arquitectura de procesamiento lingüístico. Para ello, analizamos una serie de producciones del género humorístico que se caracterizan por contener frases o unidades

léxicas que en algún nivel de representación presentan una ambigüedad. En la medida en que la comprensión de un enunciado implica resolver las respuestas incorrectas que se cruzan en el camino, el procesamiento de estos chistes demanda un gasto cognitivo considerable, directamente proporcional a la cantidad y el tipo de operaciones requeridas según el caso. La premisa bajo la cual operamos consiste en que *el análisis del humor lingüístico ofrece indicios acerca de los procesos y niveles de representación implicados en la comprensión oral y escrita al romper, por la ambigüedad que supone, con las pautas de interpretación literal.*

La ambigüedad de la que hablamos tiene que ver con el fenómeno de la *homofonía*, pero no sólo a nivel de la palabra sino también de la frase. Referida a la palabra, la homofonía consiste en que un significante involucra más de un significado en razón de representar dos o más unidades léxicas de igual sonoridad. Aquí planteamos que esta característica puede concebirse también a nivel de la frase en la medida en que ciertas cadenas fónicas², según el recorte en unidades léxicas operado, pueden dar lugar a más de una construcción léxica y, en consecuencia, más de una interpretación, como veremos en el análisis.

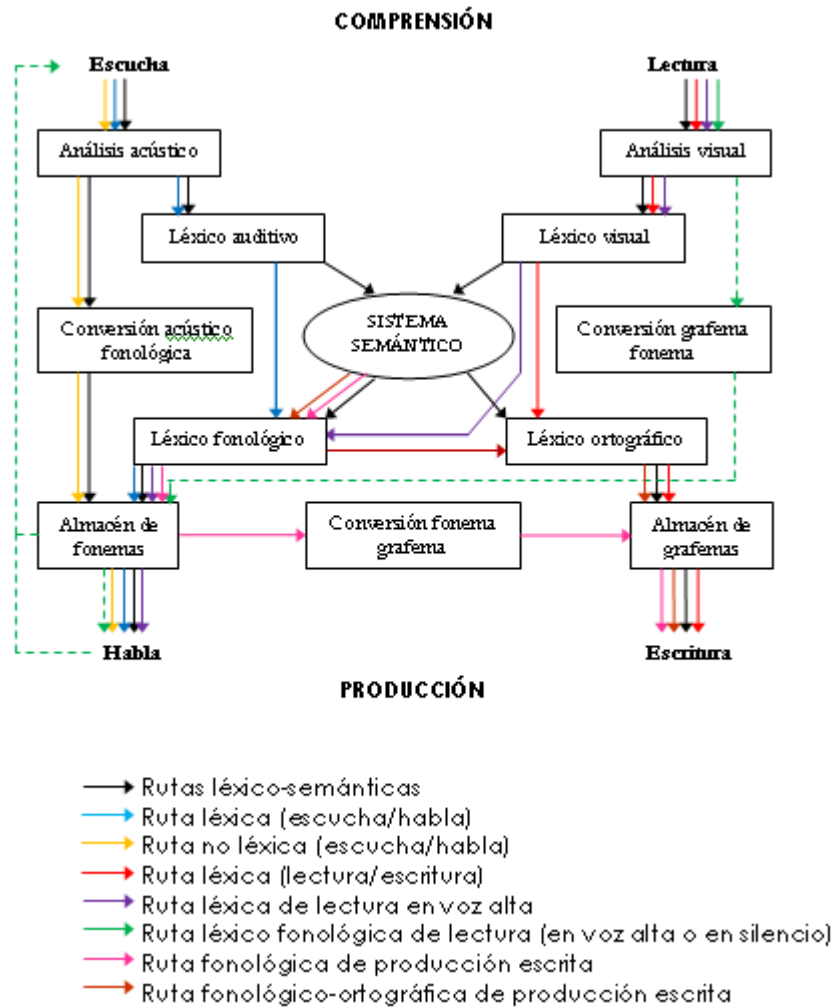
A nivel general, nos proponemos analizar los procesos cognitivos involucrados en la comprensión del lenguaje, tanto escrita como oral, y corroborar la existencia de distintos niveles de representación léxica en la arquitectura del

procesamiento lingüístico. Para ello, indagamos las pautas de interpretación literal según distintos casos y los modos en que los chistes las transgreden, si lo hacen; inferimos qué diseños de funcionamiento de la mente explican de manera más convincente la comprensión de cadenas sonoras homofónicas sin atribuir ambigüedad semántica, para finalmente evaluar la adecuación explicativa de tales diseños, en particular los modelos *bottom up* y *top down*³.

Análisis

El modelo que sirve de eje al análisis es el de Procesos y rutas en la comprensión y producción escrita y oral de Cuetos y De Vega (1998) al brindar la clave sobre los módulos necesarios para distintos casos de comprensión. Este modelo parte de la premisa de que el procesamiento lingüístico no implica necesariamente el acceso al significado o al léxico mental: existen instancias "incompletas" en las que se realizan operaciones menos complejas pero igualmente válidas, tales como la repetición, el dictado, el deletreo, la copia, el manejo de no palabras y palabras desconocidas, el mero reconocimiento, la voz interna, la lectura en voz alta, etc. Este esquema, además, contempla la relación entre instancias orales y escritas, capaces de interpelarse mutuamente en el afán de elaborar una respuesta eficiente ante el estímulo recibido.

A continuación, se ofrece el mencionado modelo, seguido del análisis propiamente dicho, desglosado según categorías descriptivas.



Repetición

Una de las tipologías más recurrentes consiste en la repetición de una misma cadena fónica. Esta repetición exhibe una primera frase construida con determinadas palabras y una segunda frase fonéticamente semejante pero segmentada de manera distinta, lo cual da como resultado inherente un cambio a nivel suprasegmental: en español, todas las palabras han de tener una sílaba tónica, por lo que la prosodia en ambas construcciones léxicas debería ser diferente. Sin embargo, según la pronunciación efectiva de cada

hablante, esta variación puede neutralizarse de modo bastante exitoso. Veamos algunos ejemplos de chistes emitidos oralmente.

Cereza... ¿seré esa?

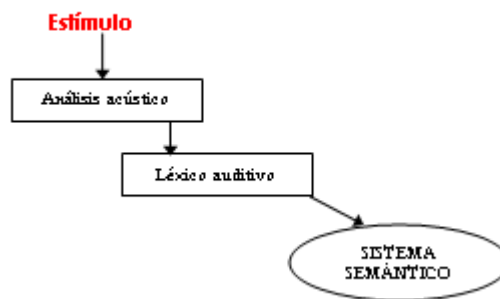
Talento argentino. Tá lento el argentino
(Anónimos)

Paquete vásculo nervioso. ¡Pa qué te vas, culo nervioso!
(Los Modernos, 2000)

Al escuchar la primera enunciación, se reconoce una única interpretación léxica o frástica;

sin embargo la repetición devela otras posibles interpretaciones que no fueron tenidas en cuenta inicialmente. Esto está suponiendo unidireccionalidad en el proceso: una vez reconocida una unidad léxica, no se analizan alternativas posibles. En el sistema de procesamiento parece operar un principio de economía cognitiva que, ante una respuesta satisfactoria, no continúa buscando otras posibilidades.

La gracia deriva de advertir otras interpretaciones, las cuales no aparecen como algo evidente sino como una suerte de sorpresa: las palabras que conforman esta segunda interpretación no se han activado al escuchar la primera frase. El material sonoro guía la selección léxica y ésta se sostiene hasta el final, donde o bien funciona o bien colapsa y se inicia nuevamente el proceso. Este sería el recorrido que se realiza para ambas cadenas sonoras, que se reinicia cuando se tiene que buscar otra interpretación semántica:



Malentendido

Hemos observado que en varios chistes se usa el malentendido como recurso para hallar distintas frases a partir de la misma sonoridad, malentendido generalmente asociado a una escucha tergiversada u incompleta. No se trata de frases idénticas a nivel sonoro sino parecidas: la distancia entre ambas puede neutralizarse de modo bastante exitoso a partir de una pronunciación relajada que sí exhibiría la ambigüedad.

- Mastropiero había trabajado como pianista acompañante de cine mudo en el célebre

“Vieux Royal”, donde acostumbraba reunirse la *avant-garde* intelectual.

- Si, *Ava Gardner*, ¡qué mina!
(Les Luthiers, 1979)
- ¡Lujuria! ¡Concupiscencia!
- ¿Con quién?
- ¡Lascivia!
- ¡Con *la Silvia*!
(Les Luthiers, 1989)

En realidad, aquí sucede algo más que una mera distracción: el interlocutor desconoce las palabras que escucha, es decir, éstas no están

contenidas en su almacén léxico. Los almacenes léxicos se construyen con la experiencia de manera individual y, por lo tanto, recurrimos a ellos en casos de palabras conocidas. En estos chistes, el receptor recupera una palabra conocida, que se activa por similitud con el estímulo aunque no corresponda específicamente a esa palabra. Este juego entre cadenas sonoras similares pone en evidencia cómo el escucha apela a sus conocimientos léxicos almacenados para dar una interpretación: ante un estímulo no se activaría sólo una unidad léxica —la emitida efectivamente— sino que se trata de una competición entre varias candidatas posibles que se van descartando conforme avanza el proceso.

Esta característica respondería a un funcionamiento tipo *top down* según el cual la activación de unidades léxicas comienza en el instante mismo en que comienza a emitirse la palabra, tal como plantean las *hipótesis sobre el punto de unicidad* como código de acceso léxico⁴.

Juegos de palabras

Este recurso es uno de los más prolíficos en el corpus y se caracteriza por involucrar mecanismos de comprensión simples, de fácil acceso y sin necesidad de reinterpretación de los segmentos anteriores o de mayores recorridos por distintas rutas. Se trata de chistes sobre significados de palabras, donde el carácter oral y declamativo, la pronunciación y los paralenguajes cumplen un rol fundamental.

Con mis fuerzas casi extintas a vasto imperio
llegué; puse *pie* en tierras de *incas*, o sea hice
hincapié.

(Les Luthiers, 1979)

Se recuerda su música para la serie policial
sobre el Teniente Stanley y el Sargento Morrison,
titulada "*Deber imposible*", rebautizada por los
críticos: "*Imposible de ver*".

(Les Luthiers, 1998)

Según le explicó a Mastropiero, los
musulmanes más fanáticos eran llamados "*Muy-
sulmanes*"; y por

el contrario los que sólo cumplían en parte los
preceptos de *Mahoma* eran "*Ma-o-menos*" (...)

Los miembros de la tribu eran *nómades* por
partida doble; eran *nómades* porque deambulaban
sin

residencia fija y porque eran *no más de...*
cincuenta o sesenta beduinos.

(Les Luthiers, 1995)

Los Modernos también incurren en el terreno
de significados de palabras desde su misma
literalidad y en forma de vertiginosa prosa. La
prosodia exagerada facilita la comprensión en la
medida en que enfatiza el protagonismo de ciertas
unidades léxicas o neologismos.

Estamos, sí, un poquito más enfermos. Es que
ya nadie *da salud*; es que ya nadie *salud da*.
Demos salud, saludemos. ¡Hola, mi semejante,
te doy salud! Tú me *salud-das...* ¡*Saludá*,
enfermo! ¡*Dá salud!*

Novios. *Novio* es "el que *no vio*" (...) Y nos
casamos recíprocamente bajo el ritual de un

casa ¡miento! (...) Que los amados sean *no-novios*, una especie de *sí vios* (...) Y si nos casamos amorosamente, lo hagamos bajo el ritual de un *casa ¡acierto!*
(Los Modernos, 2007)

En estos chistes sobre significados de palabras se apela al lazo entre los almacenes léxicos y el módulo semántico, y se juega con la discrepancia que se construye entre ambas representaciones, que normalmente debieran corresponderse. Si bien ambos niveles se encontrarían en lugares separados, el vínculo entre la unidad léxica y su significado parece ser tal que resulta inevitable acceder al significado ante el reconocimiento de una palabra. En consecuencia, en condiciones de escucha normales, ante el reconocimiento de una palabra automáticamente accederíamos a su significado, aunque probablemente esto ocurra en grados según la claridad conceptual que se tenga respecto de cada unidad léxica.

Aquí se juega con dicha relación y se establece otra que responde a la semejanza sonora de la palabra en cuestión con otras palabras que nada tienen que ver con el significado de la primera. Sería como la aplicación del *principio acrofónico* o *fonográfico* respecto de los tipos de escritura, según el cual se atribuye el significado de una palabra a otra en razón del parecido sonoro entre ambas⁵.

Dificultad para la lectura

El acto en Banania (Les Luthiers, 1989) es un cuadro en el que el presentador lee una introducción y en el hecho de hacerlo se tematizan

algunos desafíos del acto de leer. Allí, los signos de puntuación resultan problemáticos en la medida en que son exclusivos de la escritura, al igual que la acentuación y los espacios entre palabras, ignorados permanentemente.

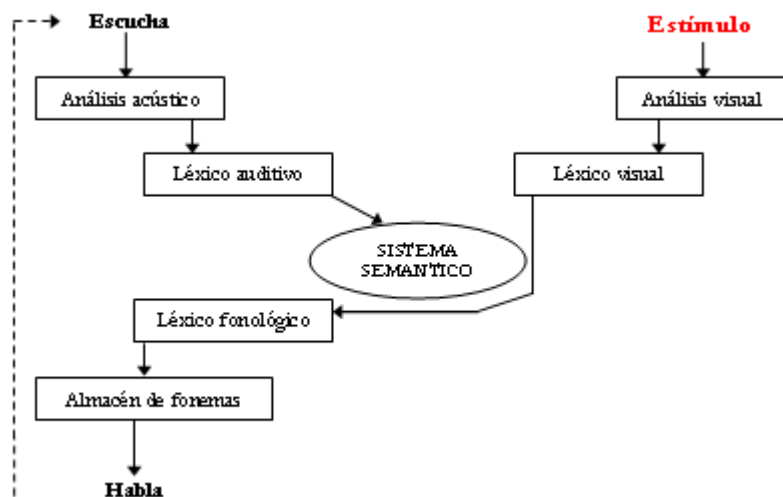
Cabe pensar que la lectura se realiza como si el texto careciera de signos de puntuación, marcas ortográficas distintivas y separación entre palabras, que serían los elementos que en la escritura "reemplazan" las indicaciones que provee la prosodia en la oralidad. En consecuencia, podría no haber facilitación respecto de la segmentación entre palabras, proposiciones o sintagmas, y podría ser quizás ésta la razón de la dificultad.

Los críticos recién comenzaron a apreciar las obras de Mastropiero cuando ya eran *grandecitos...* cuando ya eran *grandes hitos* en la historia de la música. Por ejemplo, un conocido crítico se *resfrió*. Se *refirió...* se refirió a Mastropiero; punto. *Con esto termino*. *Con estos términos* (le falta el...) con estos términos... (no le han puesto el... ¿cómo es? Arriba de la "t". A veces se borra la... la diéresis): Mastropiero se ha creado fama de artista espiritual pero *come todo...* pero *con métodos...* con métodos *pocos, claro...* con métodos *poco claros*. Podríamos llegar a admirarlo siempre *¿y cuándo tomaremos?* ...siempre y *cuando tomáramos* en cuenta su *tenaza...* su *tenaz ambición*; tenaz (en el medio no hay nada) ambición. En los más prestigiosos foros internacionales en que estuve *excitado...* en que estuve, *he citado* muchas veces ¿eh?

Muchas veces he citado el fracaso de su *operación...* el fracaso de su *ópera Sión* y el *judío era antes...* y el *judío errante*, que se basaba en una *vieja, leyendo, ebria...* en una *vieja leyenda hebrea*. (¡Me di cuenta enseguida! ¡No podía ser! ¡Ebria va con hache!)

En este acto, el lector se va sorprendiendo de lo que lee ya que carece de sentido, y es este desconcierto el impulso para releer y encontrar las palabras adecuadas. Un error en el módulo semántico brinda la pista de que la respuesta elegida no ha sido acertada, pues, si bien las

oraciones que va construyendo son gramaticales, el significado es absurdo. En consecuencia, el tipo de lectura realizada recorre en primer lugar la ruta léxica de lectura de palabras puesto que se contenta con el reconocimiento de las unidades léxicas, su conversión a formato fonológico y su articulación efectiva. Recién al escucharse el mismo emisor —producto del inevitable fenómeno de la escucha no dirigida y el consecuente procesamiento lingüístico incluso aunque uno no se lo proponga— se encuentra con estas extravagancias y vuelve sobre lo dicho para buscar otras construcciones posibles.



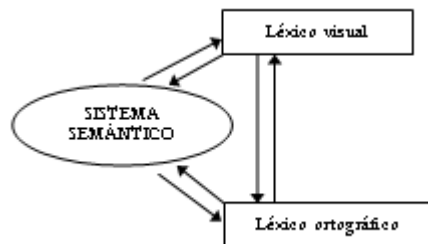
Uno de los errores más comunes en esta lectura tiene que ver con pronunciar palabras ausentes en el texto que comparten con las palabras efectivamente escritas los mismos fonemas, aunque en distinto orden; otros errores tienen que ver con la adición, supresión o sustitución de fonemas. Estas confusiones estarían mostrando que la lectura de la palabra es de tipo global y no secuenciada, pues no se lee letra por

letra sino que la palabra se percibe como un todo sincrónico, en fijaciones de a varios caracteres en simultáneo⁶.

Estos chistes sustentan la existencia de un almacén ortográfico que interviene en la lectura. En la medida en que construimos nuestro almacén léxico ortográfico desde la alfabetización, cuantas más palabras hayamos almacenado exitosamente, la lectura se hará más efectiva. Este almacén

permitiría atribuir significado de manera más veloz que el almacén visual ya que la ortografía funciona como un punto de anclaje que brinda una imagen a la palabra con la exactitud de sus constituyentes; de esta manera se facilita su reconocimiento al realizarse sobre una base sólida de características y, por lo tanto, también se agiliza su significado: “*La ortografía es la forma visible y durable de las*

palabras” (Catach, 1996: 51). En consecuencia, el recorrido cognitivo que se prevé normalmente para la lectura involucra los dos almacenes de entrada visual en relación mutua y el sistema semántico. Para los casos donde se desconoce la ortografía de la palabra, haríamos uso del léxico visual mientras que para el resto usaríamos ambos.



De necesaria lectura

El sentido de los siguientes chistes radica exclusivamente en el hecho de aparecer por escrito pues de otra manera pasaría desapercibido: aquí, la ortografía y la separación en palabras resulta fundamental:

La droga te buelbe bruto.

Feliz día del paddle chino

La culpa es Dell.

(Anónimos)

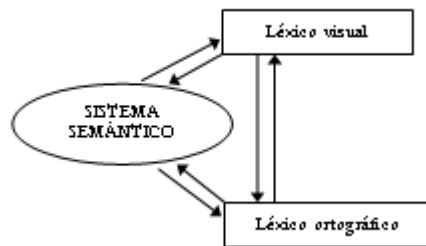
El primer chiste ha de estar necesariamente escrito en razón de que nuestra regularidad de pronunciación no distingue la ‘v’ de la ‘b’ por lo que, al oralizar la frase, no percibimos si se trata de un fonema u otro. Sin esta distinción se anularía el

sentido de transgresión de las reglas ortográficas planteado y, en consecuencia, el refuerzo semántico que esta operación implica: el sentido de anarquía o supuesta ignorancia que se deriva del hecho de que esta sociedad considera rebelde o inculto a quien no utiliza o desconoce la normativa ortográfica. Es decir, que la escritura aporta un valor semántico al hacer hincapié sobre lo dicho.

Para comprender correctamente este chiste, deben procesarse necesariamente dos tipos de representaciones: representación visual (“La droga te buelbe vruto”) y representación ortográfica (“La droga te vuelve bruto”). Mediante la primera, es posible acceder al sistema semántico e interpretar el sentido literal pero necesitamos de la segunda para ser capaces de inferir la transgresión, con lo

cual se aporta sentido al sintagma. Además, la comprensión de este segmento requiere una interacción de tipo espontánea entre los almacenes léxicos mencionados, es decir, que se lleve a cabo una comparación interna automatizada de las distintas representaciones evocadas a partir del estímulo. Sin esta espontaneidad —directamente

ligada a un procesamiento *top down*—, probablemente nunca llegaríamos a inferir la transgresión ya que la primera interpretación no genera un conflicto en el sistema semántico y, por lo tanto, no incita al sistema a buscar nuevas respuestas. Nuevamente, la dinámica sería la siguiente:



Cabe destacar que estamos ante un caso en que no resulta necesaria una lectura fonológica, por lo que podemos sostener la autosuficiencia del sistema escrito respecto del sistema oral para determinados tipos de enunciados.

Impacto visual de la escritura: uso de fórmulas

Los siguientes ejemplos muestran cómo la imagen provista por la escritura puede concebirse como una fórmula e impactar en el procesamiento al generar en el lector una primera expectativa de que tal fragmento es parte de una operación conocida. Se trata de chistes típicos de la ciudad de Córdoba sobre nombres propios:

Nombre de pila real que comienza con mayúscula + Apellido que comienza con mayúscula.

Puede ser inventado o existente.

Hugo Reado

Susana Oria

Elsa Lario

Gabi Ota

Elena Nito

Johana Lista

Alan Britos

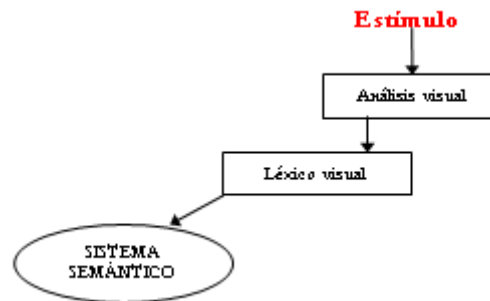
César Cástico

Si bien cualquier no palabra o neologismo que comience con mayúscula podría interpretarse como un nombre, al tratar con nombres y apellidos conocidos el efecto de ocultamiento es mucho mayor, pues pasa más desapercibido al parecer real.

En la escritura, esta ambigüedad se oculta de modo exitoso debido al impacto visual de la fórmula del nombre propio, reconocible fácilmente por las mayúsculas iniciales.

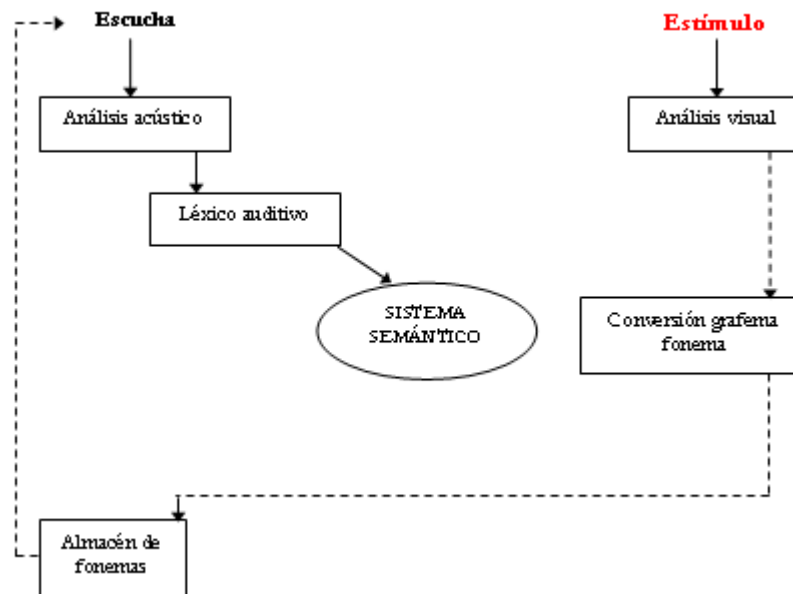
Estos chistes sustentan la concepción de la escritura como imagen u objeto semiótico en la medida en que el impacto visual es una primera pista semántica que tiene efecto y produce una respuesta desde el inicio del procesamiento

lingüístico, al mejor estilo *top down*. En consecuencia, la ruta visual de acceso al significado se usaría de manera automática al reconocer que estamos ante este tipo de sintagma nominal, con lo cual la ambigüedad pasaría desapercibida. El almacén léxico visual sería, entonces, el mediador entre el estímulo y la interpretación ya que allí percibimos las formas al estilo gestáltico que para un procesamiento típico de estas características parecería suficiente.



Aquí sería necesario realizar —luego del recorrido visual o junto con éste— un procesamiento de abajo arriba según el cual se partiera del análisis de las unidades a nivel fonológico como una cadena fónica no segmentada de antemano. Es decir, que se debiera utilizar la vía de recodificación fonológica, según la cual se articularían los sonidos correspondientes a los grafemas para reinterpretarlos desde su

oralidad, donde no existen mayúsculas, separaciones de palabras ni ortografía que incida en la comprensión. Se podría decir que esta rearticulación implica dar a los segmentos una neutralidad que de otro modo no existiría: en la medida en que se trata de un habla interna, no debería haber siquiera una prosodia determinante, pues no hay una emisión oral de otro a la cual se deba responder.



Esto significa que la primera interpretación — la que planteamos como automática— debería dejarse de lado para comenzar desde cero. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que el lector se conforme con la primera aproximación y no busque otras. En especial si se trata de nombres y apellidos existentes y conocidos, como el caso de “Alan Britos”, es mucho más probable que el lector no haga el esfuerzo de comprender lo ya interpretado, sobre todo teniendo en cuenta la economía cognitiva con que operamos. En este sentido, quizás la hipótesis minimalista esté en lo cierto al sostener que el lector sólo reacciona ante la incoherencia local o causal, es decir, que busca más pistas sobre el sentido de un segmento sólo si la primera respuesta no es satisfactoria al nivel pretendido⁷.

Recodificación fonológica y reposición inferencial

Los chistes que siguen a continuación presentan una serie de exigencias para su comprensión efectiva: en primer lugar, que se encuentren expresados por escrito; en segundo, que la lectura que se haga de ellos utilice la ruta fonológica. El cumplimiento de estas condiciones garantiza que se perciba a la vez la semejanza sonora de dos frases compuestas por palabras distintas y la diferencia ortográfica que exhibe la variedad de unidades léxicas. Una tercera exigencia para garantizar la comprensión es que el lector sea capaz de reconocer de manera consciente las inferencias implicadas.

Los ejemplos en cuestión son los siguientes:

Grido recomienda tomar el A2.

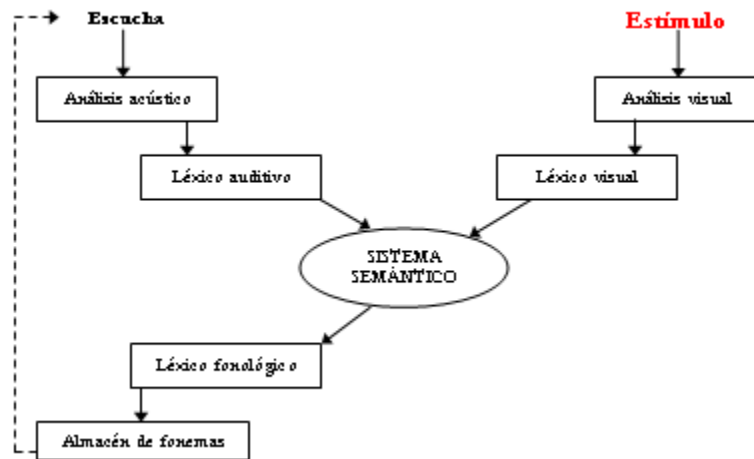
S. O. S.: cualquiera me da igual.

(Anónimos)

En el primer caso, las inferencias a realizar son: 1) que Grido es la marca de una heladería de Córdoba; 2) que A2 es una línea de colectivos de la ciudad; y 3) que hay al menos dos acepciones del verbo tomar: la de ingerir y la de obtener/ocupar. Cumplidos los tres requerimientos, la frase oculta resultante sería: "Grido recomienda tomar helados", que sí tiene sentido pragmático pues no cabría esperar que una cadena de heladerías se ocupe de cuestiones de transporte. El chiste no resulta ser de fácil acceso, ni siquiera mediante la oralización, pues la prosodia, condicionada por la separación en palabras que se exhibe visualmente, también pone sus trabas.

En "S. O. S., cualquiera me da igual" las inferencias requeridas son: 1) que "S. O. S." es una sigla que significa 'auxilio'; y 2) que al oralizarla, la cadena fónica resultante "ese o ese" en realidad significa 'ese hombre o ese otro hombre'. El impacto visual de la sigla puede retrasar o incluso anular el sentido, sobre todo en la medida en que difícilmente utilizamos la ruta fonológica en casos donde resulta tan fácil, y acaso hasta automático, el acceso por el léxico visual. La sigla puede funcionar, además, como un *antiprime* que nos hace creer que se trata de un pedido de auxilio —una suerte de distracción del sentido real. Por otro lado, a diferencia del chiste anterior, aquí la prosodia no interfiere en el reconocimiento del nuevo segmento.

Todo esto significa que las palabras que integran estos chistes han de ser reconocidas en principio de manera visual, lo que exhibe al lector una frase particular. En esta primera fase el procesamiento discurre de abajo arriba ya que ninguna consideración semántica ni de otro tipo interfiere en la comprensión y no se activan significados aleatorios. Luego, al hacer uso de la ruta fonológica —ya sea en voz alta o en forma de lectura interna— esta misma frase adquiere una sonoridad que, procesada como si se tratara de un nuevo segmento y sin tener en cuenta el nivel semántico al que se accedió anteriormente, remite a otra frase compuesta por otras unidades léxicas. La pista que guía la percepción de la segunda frase es de tipo fonológica ya que en la sonoridad es donde se pueden reconocer las nuevas palabras, si bien un poco distorsionadas a nivel suprasegmental. El procesamiento vuelve a ser de tipo *bottom up* debido a que son las unidades mínimas las que hacen posible la interpretación. La elección de la ruta fonológica se debe a la imposibilidad de llegar, mediante la ruta visual exclusivamente, a un significado coherente. Sin embargo, el acceso al significado literal de este sintagma no garantiza la plena comprensión: aún falta el reconocimiento de las inferencias implicadas y su adecuación a los efectos del chiste.



En el primer chiste, por ejemplo, las representaciones que debemos ir procesando son las siguientes:

- Representación visual: Grido recomienda tomar *el A2*
- Representación fonológica: gri-do-rre-co-mien-da-to-mar-*el-a-dos*
- Representación acústica: /gridorrecomiendatomare*lados/*
- Representación auditiva: gri-do-rre-co-mien-da-to-mar-*e-la-dos*

Estos chistes sustentan la hipótesis de una vía de recodificación fonológica en la lectura de palabras: acaso la semejanza fonética se perdería con la simple lectura, pero se recupera gracias a la voz interna o lectura en voz alta, lo que permite la percepción de ambas frases como posibilidades de la cadena fónica en cuestión. Los chistes juegan con lo que parece ser un recorrido de lectura automatizado, preponderante o más veloz: la ruta visual. Esta ruta podría ser la que opera en condiciones normales de procesamiento ya que de

otro modo no debiera resultar tan difícil el acceso a la frase encubierta o, al revés, tan fácil ocultar la otra frase. Se podría decir que el modo en que aparece escrita disfraza el significado al que se debe acceder para entender el chiste, como una suerte de código a descifrar.

Además, en razón de que se requieren tantos elementos para la comprensión plena — representación visual, fonológica, acústica y auditiva, dos representaciones semánticas y dos construcciones léxicas más el reconocimiento de las inferencias implicadas—, estos chistes son cognitivamente mucho más pesados que el resto de los vistos hasta ahora. Debido a ello, siempre se corre el riesgo de que el lector se conforme con la primera lectura, que puede resultar en algún punto satisfactoria. En definitiva, el nivel de profundidad de una comprensión en gran parte puede tener que ver con el interés del receptor por llegar al fondo de la cuestión, además de sus capacidades subjetivas: el conocimiento de las unidades léxicas involucradas, las inferencias implicadas y su

capacidad de abstracción a la hora de convertir la emisión lingüística a distintos formatos.

Antipriming

Otro tipo bastante recurrente de chistes consiste en el planteo de un tema que genera en el oyente una expectativa léxica o semántica, ya sea por costumbre —el caso de las fórmulas o frases hechas— o por suposición de que luego de tal palabra han de seguir tales otras, probablemente en razón de la frecuencia de apariciones de esa palabra junto a otras a lo largo de la vida del individuo. La idea del chiste es romper con esa expectativa de diferentes modos. Así, la primera parte del chiste podría concebirse como un *antiprime* de la segunda, pues no facilita su comprensión sino al contrario, distrae la atención hacia otros terrenos. En términos más especializados, se produce una activación equivocada en todos los niveles que involucra necesariamente una revisión de la información recibida y una nueva activación que la satisfaga, es decir, una resignificación de la frase completa o parte de ella.

Algunos ejemplos son los siguientes:

El ying... y la remera

Llame ya... o lin

Había una vez... truz

(Anónimos)

La explicación a nivel cognitivo se fundamenta en un procesamiento de tipo *top down* según el cual los niveles superiores —léxico, semántico, pragmático— inciden en la decisión de una

respuesta mucho antes de haber terminado de escuchar el estímulo. Esto sería así porque la frecuencia de uso de ciertas palabras con otras en particular incide en el umbral de activación de estas últimas, que se activarían inmediatamente después del reconocimiento del primer segmento, el cual funciona como *prime* lingüístico de las palabras o ideas activadas, aunque como *antiprime* de la construcción efectivamente posterior. Cabe aclarar que la anticipación no siempre tiene que ver con una palabra específica sino que también se puede referir al tipo de contenido o estructura sintáctica esperable: en esos casos, lo que se activaría serían rasgos semánticos, gramaticales y/o información pragmática.

Podríamos decir que en estos chistes ocurre algo semejante a lo que explicábamos en los casos de *malentendido*: aún sin la necesidad de haber terminado de procesar el estímulo completo o de haberlo procesado de manera fiel, el módulo lingüístico es capaz de elaborar algún tipo de respuesta. Ahora bien: esta respuesta —activada por probabilidad estadística— no es necesariamente acertada para los chistes en cuestión, y justamente en esa discrepancia consiste el chiste. ¿Qué pasa entonces, al ver que la segunda parte de la frase no se parece en nada a nuestras expectativas?

En “*El ying... y la remera*”, el receptor se anticipa a que al primer segmento le siga “y el yang”, pero el juego consiste en aprovecharse del parecido fonético entre /ying/ y /jean/, y continuar la frase como si se tratara de la segunda palabra.

Ante la incongruencia semántica que tal conjunción implica, hemos de volver sobre lo dicho.

El acceso a la palabra oculta ("jean") es inducido de dos maneras: fonológicamente a partir de "ying"⁸, y semánticamente a partir de "remera". Estas dos pistas, desde dos niveles distintos — fonológico y semántico— implican un acceso de tipo *top down* para el reconocimiento adecuado de la unidad léxica implicada en la gracia del chiste. Además de ello, se requiere la identificación de las inferencias pragmáticas supuestas: que la aparición de duplas como "jean y remera" o "ying y yang" es recurrente según los usos generales debido al anclaje conceptual que comparten y que, por el contrario, "jean y yang" y "ying y remera" constituyen una insensatez a nivel semántico.

El siguiente ejemplo oral de Les Luthiers muestra algo similar.

¡Oh, sempiternos gemidos! acudid en mi ayuda, decidme qué debo hacer en este momento *aciago... así hago* algo.

(Les Luthiers, 1980)

La palabra "aciago" queda activada en la memoria de trabajo luego de su primera aparición, por lo que, ante la segunda supuesta aparición, es la respuesta más rápida del sistema cognitivo. La expectativa del oyente era la repetición de la misma unidad léxica, probablemente como recurso poético que describiría la adversidad de las circunstancias del rey. El segmento "así hago" no es percibido como tal sino hasta escuchar la palabra "algo", que obliga al receptor a reinterpretar ese segmento desde la nueva pista semántico sintáctica ofrecida.

Este chiste, en consecuencia, involucra un doble procesamiento: en primer lugar, uno de abajo arriba y luego otro de tipo interactivo de arriba abajo que abarca los niveles de análisis fonológico y semántico.

Estos chistes sustentan el procesamiento *top down*, en el que toda la información recibida participa en la comprensión del *target*; en especial la información relativa a la frecuencia de aparición y la coherencia semántica, que influirían en la anticipación de lo venidero. Los chistes juegan con esta capacidad de anticipación del sistema cognitivo y siguen terrenos poco probables, lo que da como resultado la necesidad de que el receptor resignifique la frase desde otros procesos, ya sean de arriba abajo o de abajo arriba según el caso.

Facilitación sintáctica

Los siguientes chistes están basados en la triple repetición del mismo segmento sonoro con variaciones prosódicas casi imperceptibles, pero con segmentación disímil o valor semántico distinto. Como adelanta el subtítulo, estos chistes resultan comprensibles en la medida en que el contexto léxico sintáctico lo permite. Son necesariamente de carácter oral ya que la gracia consiste en la presentación de la misma cadena fónica de manera triplicada, como una suerte de *aliteración*.

Quien conociera a María amaría a María.

(Les Luthiers, 1989)

También le contó que los beduinos provenían algunos de ciertos oasis poblados y otros de ciertos desiertos desiertos.

(Les Luthiers, 1995)

a María

amaría

a María

Preposición + nombre propio (sust.) + verbo conjugado + preposición + nombre propio (sust.)

1° aparición

1° repetición
(otra palabra)

2° repetición
(mismas palabras de 1° aparición)

de ciertos desiertos desiertos

Preposición + adjetivo + sustantivo + adjetivo

1° aparición

1° repetición
(otra palabra)

2° repetición
(última palabra, otra categoría semántica)

Una explicación posible para la comprensión del primer sintagma tiene que ver con que sus primeras unidades hacen uso de la construcción sintáctica paradigmática del español: sujeto-verbo-objeto. Este orden típico como facilitador de la comprensión sustenta la hipótesis del modelo de ajuste lingüístico⁹, según la cual las estructuras características de cada lengua inciden en la manera de percibir las palabras.

En el segundo ejemplo, se repite la segunda palabra pero esta vez la categoría semántica es otra. La frase inmediatamente anterior (“...algunos de ciertos oasis poblados”) facilita la comprensión del sintagma en cuestión de dos maneras: 1) al establecer la estructura gramatical que luego se habrá de repetir; y 2) al servir de oposición semántica respecto del adjetivo del segmento repetido: si en el primero dice “poblados”, se entenderá que la palabra “desiertos” ubicada en la misma posición gramatical funciona en ese caso como adjetivo antónimo y no nuevamente como

Los esquemas de las clases de palabras de los segmentos repetidos serían como sigue:

sustantivo. Además, el hecho de que la primera comience con “algunos” y la segunda con “otros” garantiza que se trata de una comparación y por lo tanto es esperable una analogía de estructura gramatical y roles temáticos. El chiste juega con el hecho de que al escuchar la palabra “desiertos”, como está precedida por un adjetivo (“de ciertos”), hemos activado su significado como sustantivo y no como adjetivo; juega también con la característica de esta palabra de ser exactamente igual independientemente de la categoría gramatical que represente. Ante la inesperada repetición —en el mismo significado léxico está implicado que un desierto está, de hecho, desierto—, debemos atribuirle al sintagma una estructura sintáctica típica del español para evitar agramaticalidad: adjetivo-sustantivo-adjetivo.

En estos dos ejemplos, la prosodia no podría ayudarnos en la discriminación de unidades léxicas pues la diferencia es muy sutil. En consecuencia, es la sintaxis el indicador clave que se encarga de

desambiguar las frases. Si nos inclinamos por el modelo de ajuste lingüístico, podemos decir que el nivel sintáctico influye desde arriba, acorde a un funcionamiento *top down*, facilitando la asignación de roles a las palabras y, en consecuencia, su misma constitución.

Repetición a nivel cognitivo

Hemos visto muchos tipos de repeticiones que se dan de manera explícita, pero también puede haber repetición sin su necesaria articulación, es decir, repeticiones *sugeridas* que sucederían a nivel mental. Este es el caso de una serie de chistes de Les Luthiers (1989) que consisten en proponer el significado de una palabra a partir de su segmentación en otras palabras. Estas palabras no se dicen nunca, es decir, la repetición de la cadena fónica semejante no ocurre efectivamente y, sin embargo, las palabras se pueden reconstruir cognitivamente ya que son indicadas sutilmente a partir del uso de sinónimos o perífrasis. Como vemos, el significado convencional de la palabra es reemplazado por otro que refleja las particularidades sonoras de esa palabra.

Polinesia: mujer policía que no entiende razones.

Decimal: pronúncialo equivocadamente.

Becerro: observa una loma o colina.

Bermudas: observar a las que no hablan.

Telepatía: aparato de TV para la hermana de mi mamá.

Benceno: lo que los bebés miran con los ojos cuando toman leche.

Diadema: veintinueve de febrero.

Dilemas: háblale más.

Diógenes: la embarazó.

Endoscopio: me preparo para todos los exámenes excepto para dos.

Meollo: me escucho.

Nitrato: frustración superada.

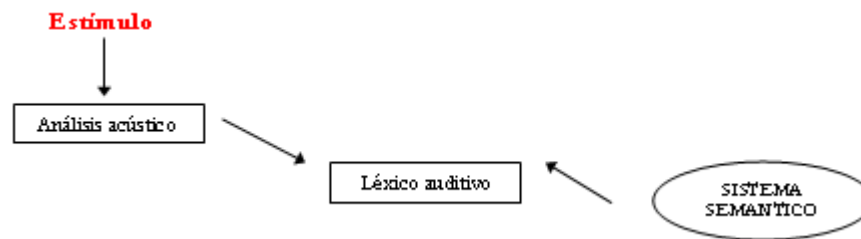
Reparto: mellizos.

A nivel cognitivo, lo que parece suceder es lo siguiente: ante la presentación del estímulo —la palabra a definir— utilizamos la ruta léxico semántica de manera automática y en un procesamiento tipo *bottom up*, con lo cual accedemos primero a la representación léxica y luego al significado sin mayores complicaciones pues se trata de palabras conocidas y semánticamente simples; durante el proceso no se han activado más significados ya que el reconocimiento de la palabra, en general, garantiza el acceso al significado y de manera bastante eficiente —si para la palabra en cuestión tenemos información semántica almacenada. Lo que esperamos, en consecuencia, es escuchar a continuación una descripción de la unidad léxica que sea compatible con la información que disponemos de ella. Sin embargo, la definición resulta ser otra, por lo que se nos insta a rever la cuestión desde otro ángulo: debemos volver a revisar la forma fonética y reconstruir nuevas unidades léxicas a partir de la misma secuencia sonora.

En este segundo momento, hemos de volver sobre la unidad léxica y desconocerla. La definición provista por el chiste nos acercará a la información

que necesitamos, siempre que seamos capaces de elaborar las inferencias adecuadas. Por ejemplo, en "Diadema: veintinueve de febrero", necesitamos saber que cada cuatro años calendario se agrega un día al final de febrero para contrarrestar las seis horas excedentes respecto del año sideral —aquel cuya duración aproximada es de 365,25 días. A partir de esta inferencia pragmática, obtenemos

una pista semántica que nos remitirá a la frase sonoramente semejante que se encuentra oculta: "día de más". Esta vez, el camino de la comprensión implica el nivel semántico en paralelo al fonológico —facilitado por la primera palabra emitida—, por lo cual estamos ante un procesamiento interactivo y de tipo *top down*.



Estos chistes juegan con un error en el módulo semántico, asociado a un acceso *bottom up* según el cual el significado elegido es uno solo ya que responde a una sola palabra elegida en el léxico fonológico. Luego exigen un procesamiento *top down* en el que las pistas semánticas provistas por la definición facilitan el reconocimiento de la frase oculta.

A modo de cierre general del procesamiento de los chistes analizados, podríamos decir que los que involucran un gasto cognitivo mayor son aquellos donde la primera interpretación de la frase, realizada de una manera que parece ser automática o típica según las características percibidas *a priori*, genera alguna especie de incertidumbre que hace necesario volver sobre lo dicho. Estos chistes suelen implicar más de un recorrido en la comprensión, varios tipos de representaciones y la concientización de ciertas inferencias elaborativas, ausentes a nivel del texto, que apelan al conocimiento previo del lector u oyente. En otras palabras, los chistes parecen jugar con el recorrido cognitivo más obvio o fácil para cada caso y obligar al interpretante a realizar otro camino de manera consciente para comprender globalmente el sentido propuesto. Estos chistes nos ofrecen muchas pistas para discernir aspectos del

Por otra parte, de acuerdo con la cantidad de inferencias que el lector deba hacer para comprender el chiste correctamente, éste será más o menos costoso cognitivamente. El costo de procesamiento tiene que ver, entre otras cosas, con la necesidad de hacer conscientes estas inferencias, por lo general de tipo pragmáticas. En razón de ello, la comprensión no está garantizada para todos los casos pues puede suceder que un oyente no logre hacer las inferencias pertinentes, sobre todo teniendo en cuenta que demandan cierto conocimiento de mundo por parte del receptor.

funcionamiento mental, como vemos a continuación.

Conclusiones

Partiendo del supuesto de que existen distintas rutas para la comprensión, hemos inferido la posibilidad de que algunos de estos recorridos sean automáticos —el acceso al significado una vez reconocida la unidad léxica, inferencias obligatorias— mientras que otros podrían ser inducidos conscientemente —inferencias elaborativas, revisión del estímulo ante incongruencias semánticas, recodificación fonológica según el caso— a pesar de que la velocidad con que los utilizamos oculte el esfuerzo cognitivo de hacerlo. En la medida en que el procesamiento lingüístico involucra procesos voluntarios, la predisposición del receptor resultaría clave pues es él quien, en última instancia, decidiría el nivel de profundidad en la comprensión.

Según el análisis desarrollado, las rutas previstas para la comprensión no se excluyen mutuamente sino que cada una involucra representaciones particulares que hacen a la riqueza o al entendimiento de la emisión lingüística en cuestión. Hemos visto que es posible comprender un mensaje desde una ruta de acceso visual sin intervención de módulos de la oralidad o, inversamente, desde una ruta de acceso auditivo sin intervención de módulos de la escritura; también es posible la interacción de ambas rutas y sus correspondientes módulos como mecanismo para llegar a una comprensión acabada. Tal

característica en la arquitectura de procesamiento nos da la pauta de que la escritura y la oralidad son, en efecto, sistemas que dependen en igual medida de la lengua pues la actualizan según sus propios alcances; y que son, al mismo tiempo, independientes entre sí, mas sin dejar de ser capaces de interpelarse mutuamente y compartir la información procesada en los distintos módulos en el afán de llegar a una comprensión acabada.

Sin embargo, esta cooperación a la hora de procesar un estímulo parece dejar de operar en cuanto se ofrece una primera respuesta satisfactoria, sin importar su procedencia. Esto tiene que ver con uno de los principios básicos que inferimos en el procesamiento lingüístico: el *principio de economía cognitiva*. Según éste, ante una interpretación que no presenta problemas a primera vista, todos los procesos que se estaban realizando paralelamente, si los había, se interrumpen.

La manera en que las rutas de procesamiento pueden ser recorridas varía entre dos tipos de acceso: desde las unidades mínimas hasta el nivel del discurso en forma progresiva y serial; o de manera interactiva, con la facilitación simultánea de los distintos niveles, sin un orden preciso. En este sentido, una de las conclusiones principales que se desprende del estudio es que las teorías de procesamiento *bottom up* y *top down* no son autoexcluyentes, sino que el uso de uno u otro camino depende de las características individuales de la emisión. Esto significa que ambas posibilidades conviven en potencia y el hecho de

utilizar un modo u otro tiene que ver con la particularidad de cada situación.

Por otra parte, las hipótesis acerca de la división del almacén léxico en cuatro subalmacenes —auditivo, fonológico, visual, ortográfico—, cada uno con un tipo de representación específica y en un nivel de abstracción particular, han resultado adecuadas —y hasta imprescindibles— para explicar los fenómenos analizados aquí: de manera permanente, estos almacenes contrastan sus representaciones para llegar a la comprensión plena. En este sentido, podemos plantear la hipótesis de que existe una conexión bilateral, una comunicación entre los almacenes léxicos auditivo y fonológico por un lado, y los almacenes visual y ortográfico por otro. El modelo de Procesos y rutas de Cueto y De Vega no concebía esta posibilidad sino de manera unilateral.

Cabe destacar el sorprendente protagonismo que ha mostrado el almacén ortográfico en la lectura, lo que nos lleva a afirmar que *el conocimiento de la forma exacta de las palabras constituye un facilitador semántico clave* en la comprensión lingüística, es decir, un mecanismo que agiliza y favorece el reconocimiento de la unidad léxica y, por lo tanto, el acceso al significado. También el almacén visual, desde la impresión que provoca a la manera gestáltica del principio de figura fondo, produce un impacto en la comprensión al delinear la forma y experimentar con el uso de números y la alternancia entre mayúsculas y minúsculas. En muchos casos, las representaciones provistas desde estos dos

almacenes no sólo son suficientes para aclarar el significado del segmento ambiguo, sino que además encubren tal ambigüedad, que a su vez puede recuperarse automáticamente al leer el enunciado en voz alta y percibir la homofonía.

Incluso para contextos orales, la remisión a la forma escrita puede favorecer la interpretación pretendida por el emisor. Si bien en los chistes orales la pronunciación clara suele ser el facilitador semántico decisivo, no siempre es infalible. Hay veces en que resulta prácticamente imposible discernir de qué palabras o categorías semánticas se trata y es necesario hacer uso de otros indicadores, como el contexto sintáctico, la frecuencia de uso, las exigencias léxicas o, según planteamos, el conocimiento de la forma gráfica de las palabras. El conocer la forma escrita de las palabras nos ofrece una imagen de ellas que, muchas veces de forma inevitable, se nos aparece al escuchar una palabra e interviene en el procesamiento lingüístico. En consecuencia, la escritura constituye un principio activo de organización semántica al evidenciar la segmentación léxica que una emisión oral no separa con silencios. Se podría decir que el acceso a los almacenes ortográfico y visual nos permite desambiguar frases homofónicas y funcionar como facilitador semántico.

Inversamente, así como la percepción visual-ortográfica puede ser la clave para desambiguar enunciados orales, la percepción auditivo-fonética puede ser la clave para percibir la ambigüedad léxica que esconden los enunciados escritos. La necesidad de realizar una recodificación fonológica

subyace a varios de los chistes escritos, como si el uso de ambas rutas —la visual y la fonológica— con sus correspondientes representaciones de los almacenes léxicos involucrados fuera determinante para poner en evidencia la homofonía. La escritura funciona en estos casos como una parábola: lo que se ve escrito está cifrado cual enigma y es necesario que se lo decodifique desde una representación fonológica que revele el mensaje oculto.

Esto significaría que el uso de la ruta fonológica en la lectura ofrece herramientas que facilitan la comprensión al acercarnos al universo auditivo y salvar, con ello, el vacío de lo que el significante de la escritura es incapaz de representar. Claro que esta aproximación estaría sesgada por un primer formato gráfico del cual se derivan las representaciones sucesivas, pero es aquí donde es fundamental la capacidad del receptor para abstraer los rasgos sonoros de la manera más neutra posible.

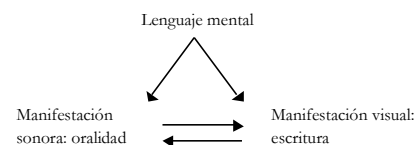
Por último, sostenemos la separación del léxico mental y el sistema semántico (donde estarían almacenados los significados) aunque con la siguiente concesión: ante el reconocimiento del *target* en el léxico mental, se garantiza un acceso automático a su significado en el sistema semántico, si tal información se encuentra allí almacenada. En concordancia con el planteo de Fodor (1986) sobre la modularidad de la mente, lo específico de la lengua sería el léxico mental, los módulos de análisis y los dispositivos y procesos involucrados en la conversión a distintos formatos de representación, mientras que los módulos

perceptivos y articulatorios, así como el sistema semántico, serían de tipo global.

Todo lo expuesto indica que contamos con una arquitectura de procesamiento muy versátil, que fácilmente se adapta a los distintos tipos de estímulos, aunque en ocasiones requiera un gasto cognitivo mayor. En este sentido, la complementariedad cumple un rol fundamental, pues pareciera que siempre disponemos de herramientas capaces de suplir los vacíos propios de los significantes que van haciéndose palpables conforme avanza el proceso de comprensión.

Notas

¹ Dicha relación tendría la siguiente estructura:



² Entendemos por *cadena fónica* al segmento lingüístico emitido en forma oral, significativo puramente fonético y carente aún de significado pues se trataría de un estadio anterior a la segmentación léxica.

³ Tales modelos se basan en la direccionalidad de los procesos: el modelo *bottom up* plantea un procesamiento secuenciado, serial y autónomo, desde las unidades mínimas hasta el nivel discursivo, mientras que el modelo *top down* se basa en la capacidad de interacción e interdependencia de sus módulos.

⁴ Según esta concepción (De Vega y Cuetos, 1999), el reconocimiento propiamente dicho no se realiza necesariamente sobre la base de todos los fonemas sino sólo a partir de aquellos que resultan pertinentes a la hora de hacer única una palabra. Es decir que, durante la escucha, irían saltando varias respuestas ante cada nuevo fonema agregado a la cadena sonora hasta llegar al punto en que exista una sola unidad léxica posible capaz de satisfacer el estímulo recibido.

⁵ Este principio se refiere a un fenómeno del chino, donde hay casos en que el significado de una palabra que suena

de tal manera, es adjudicable a otra palabra de sonoridad semejante, sólo en razón de esta coincidencia.

⁶ En Parkin (1999) se propone la hipótesis de que existe una 'ventana' o 'filtro atencional' que regula la lectura de palabras de a ocho caracteres en simultáneo por vez.

⁷ Para la hipótesis minimalista "la cantidad de inferencias que realizamos de modo automático durante la lectura es mínima" (León, 2003: 36). Las inferencias automáticas serían aquellas necesarias para establecer las uniones entre segmentos de la oración inmediatos o muy próximos y las de fácil acceso en la memoria, que están activas en la memoria de trabajo. Las inferencias elaborativas, por el contrario, serían aquellas que requieren una reflexión consciente y subjetiva *a posteriori*.

⁸ Según plantea la hipótesis de la frecuencia relativa (Seguí y Grainger, 1990), ante dos vecinos léxicos donde el *prime* tiene mayor frecuencia que el *target*, se produce una inhibición de este último. Contrariamente, un *prime* de menor frecuencia que el *target* facilita la activación de éste. Si consideramos la palabra "ying" como *prime* y "jean" como *target*, se comprende por qué "ying" funciona como facilitador en esta segunda instancia.

⁹ El *modelo de ajuste lingüístico* (Cuetos y Mitchell, 1988) plantea la existencia de unas estructuras más frecuentes que otras, variables según cada idioma. Esta información sintáctica es la clave sobre la que se asienta la primera interpretación que se hace de la oración. El orden típico para la oración del español es sujeto-verbo-objeto.

León, J. A. (2003) Conocimiento y discurso. Claves para inferir y comprender, Madrid: Pirámide.

Les Luthiers (1979) Mastropiero que nunca, Buenos Aires: Microfon.

Les Luthiers (1980) Muchas gracias de nada, Buenos Aires: Mastropiero Records.

Les Luthiers (1989) Viegésimo aniversario, Buenos Aires: Mastropiero Records.

Les Luthiers (1995) Grandes hitos, Buenos Aires: Mastropiero Records.

Les Luthiers (1998) Bromato de armonio, Rosario: Mastropiero Records.

Les Luthiers (1999) Unen canto con humor. Rosario: Mastropiero Records.

Los Modernos (2007) Lo mejor, Córdoba: Edén.

Parkin, A. (1999). Exploraciones en Neuropsicología Cognitiva, Madrid: Editorial Médica Panamericana.

Seguí, J.; Grainger, J. (1990). Priming Word Recognition with Orthographic Neighbours: Effects of Relative Prime- Target Frequency. *Journal of Experimental Psychology: Human Perception and Performance*, 16, 65-76.

Referencias bibliográficas

Belinchón, M.; Igoa, J. M.; Rivière, A. (1992). *Psicología del lenguaje. Investigación y teoría*, Madrid: Trotta.

Catach, N. -comp.- (1996). *Hacia una teoría de la lengua escrita*, Barcelona: LEA.

Cuetos, F.; Mitchell, D. C. (1988). Cross-Linguistic Differences in Parsing: Restrictions on the Use of the Late Closure Strategy in Spanish. *Cognition*, 30, 73, 105.

Cuetos, F; de Vega, M. (1998). *Evaluación y rehabilitación para las Afasias*, Madrid: Panamericana.

De Vega, M.; Cuetos, F. -comp.- (1999). *Psicolingüística del español*, Madrid: Trotta.

Fodor, J. (1986). *La modularidad de la mente*, Madrid: Morata.